

UNA NUEVA HISTORIA DEL PENSAMIENTO CHINO

Bernard Dupuy

Cheng, Anne, *Histoire de la pensée chinoise*, París, Seuil, 1997, 658 pp., bibliografía, índice, caracteres chinos.

El pensamiento de Confucio se comprende mejor actualmente. *El Libro de las Mutaciones* (Yi King o Yi Jing) y el zen (el chan chino) pertenecen a la cultura mundial. El presente libro gana la apuesta, casi imposible hasta hace poco, de ofrecer una exposición clara sobre el desarrollo del pensamiento chino, desde la antigüedad hasta la victoria del comunismo. Permite penetrar en el alma de un pueblo y adivinar lo que la anima, aclarando sus sutilezas.

Anne Cheng discute las interpretaciones elaboradas por la sinología. Su estudio, ilustrado con múltiples citas de distintas fuentes, será una referencia para quien desea ceder al vértigo del conocimiento chino, desde la racionalidad antigua hasta la rebelión del siglo XX contra las tradiciones. La documentación llega hasta 1996. Dos ideas predominan: el nexo entre las especulaciones filosófico-morales y la reflexión política a lo largo de la historia de China, y el peso de Confucio sobre toda doctrina ontológica, ética, cosmológica o política. “El pensamiento de Confucio se confunde con el destino de la civilización china” (p. 55).

La primera mitad del libro expone los comentarios sobre Confucio a partir de la

unificación del Imperio y a finales del siglo III a.C. A Confucio se opone Mo-tzu y sigue Mencius, el intuitivo idealista; luego Hsün-tzu, el realista; la vía del Tao aparece con Chuang-tzu y Lao-tzu. Cheng explica también las especulaciones de los lógicos y los legistas, la cosmología del *Libro de las Mutaciones*, pero no hay nada sobre Sun-tzu y su arte de la guerra.

La segunda mitad, dedicada a los Han y T’ang, continúa con la elaboración y maduración de la ortodoxia “neoconfuciana”, y con las oposiciones que suscitó del siglo XII al XX. Bajo lo Han, del siglo II a.C. al II d.C., ocurren las primeras sistematizaciones de la tradición. Los dueños del saber disponen luego, con las interpretaciones de los presagios, de un medio para controlar el poder político (pp. 207-306). Durante los siglos de la disgregación del poder unitario, el budismo importado de la India se implanta poco a poco (pp. 326-368) hasta florecer bajo los T’ang entre los siglos VII y IX, en escuelas autóctonas como el chan o el dhyána, zen en japonés (pp. 369-398).

Bajo los Sung del norte (siglos X y XI), gracias a la prosperidad económica y a la imprenta, el estudio del confucionismo se recupera, bajo la protección imperial, y la vida intelectual alcanza una de sus cumbres. Cuando la invasión “bárbara” desplaza a los Sung hacia el sur, aparece la síntesis realizada por Chu Hsi (Zhu-Xi, 1130-1200) entre la escuela que favorece al “Principio” y la escuela del “Espíritu”, así como su interpretación de un corpus confuciano ahora consumado en “Cuatro Li-

bros". Su método de trabajo es "el examen de las cosas" y el autoperfeccionamiento, que en conjunto constituyen la ortodoxia oficial. A partir de la dinastía mogol de los Yüan, en el siglo XIV y durante seis siglos, surge lo que llamamos neoconfucionismo, impuesto por los mandarines.

En la época Ming, del siglo XIV a la mitad del XVII, el estudio de los clásicos se convirtió en un envite político, pero con Yang ming (1472-1529) la búsqueda espiritual individual y la defensa de una conciencia moral innata conducen al confucionismo hacia el subjetivismo y ayudan al nacimiento de un espíritu crítico, inclusive iconoclasta, pronto reprimido por el gobierno (pp. 496-530).

La invasión manchú a mediados del siglo XVIII y la fundación de su última dinastía, la Ch'ing o Qing (1644-1912), desespera a quienes terminan por rechazar las interpretaciones intuitivas del neoconfucionismo, para volver a la prima autenticidad. El estudio crítico de los textos antiguos comienza desde la resistencia hasta el despotismo manchú. Ya no son los "Cuatro Libros" impuestos por el oficialismo los que suscitan la reflexión de los mandarines, sino los "Cinco Clásicos", considerados como obras históricas que deben autenticarse, fecharse e interpretarse científicamente. Algunos de esos estudios se han desarrollado bajo la influencia de los jesuitas o contra ella. El regreso a las fuentes espirituales se enriquece con un nuevo episodio cuando, alrededor de 1700, un grupo de letrados bajo Yang-tzu encuentra textos

apócrifos en la versión de los Clásicos en escritura "antigua" (kuwen/guwen).

Los escritos de los letrados forman la base de la tradición exegetica desde el principio de nuestra era, tradición legitimada por los T'ang, quienes devuelven su valor a la versión en escritura "moderna" (chinwen/jing-wen). La lectura de los *Anales de primavera y de otoño* (Ch'un-chiu/ Chunjiu) se hace en un espíritu levantisco, nacionalista, reformista, frente a la decadencia del régimen, y más aún, contra el imperialismo agresivo de Occidente. K'ang Yu-wei (1858-1927) quiso hacer de Confucio un fundador religioso, como Buda o Cristo, pero a principios del siglo XX la erudición crítica termina por desacralizar a los Clásicos y, el 4 de mayo de 1919, a rechazar definitivamente los valores culturales que había sostenido el orden político tradicional (pp. 574-603). El epílogo termina con la inevitable pregunta ¿qué va a pasar con la tradición china?

Esa suma, para cada punto tratado, proporciona la bibliografía esencial. Uno se asombra un poco cuando la autora, tan hábil para describir el espíritu de una época en pocas líneas, manifiesta cierto desprecio para los exámenes mandarinales (*sic*) nacidos bajo los Ch'ing (p. 558), o cuando no evoca la empresa de adoctrinamiento de los campesinos en la época manchú, marcada por la difusión del "Edicto sagrado" del emperador Kang-hsi.

El gran ausente es el taoísmo bajo su forma comunitaria, después del siglo IV; para entenderlo hay que buscar la presen-

tación de *La vía y su virtud*, de Lao Tse, por el P. F. Huang y P. Leyris (París, Seuil, 1929) y el libro de I. Robinet, *Histoire du Taoïsme* (1991). O la excelente presentación de L. Debarge en el diccionario *Catholicisme*, tomo XIV, cols. 760-765. Así, uno percibiría el origen y el alcance de las grandes escuelas taoístas desarrolladas bajo las dinastías “bárbaras” de China del norte. Pero el gran libro de Anne Cheng ofrece, desde el de Marcel Granet, la más completa y perfecta de las introducciones al pensamiento chino, pensamiento en el cual uno desearía iniciarse para poder apreciar sus inmensas riquezas.

El P. Bernard Dupuy, es director de la revista trimestral ISTINA, especializada en el estudio de las grandes religiones (45 rue de la Glacière, 75013 París, Francia). 

LA LISTA DE MAURICIO¹

Mauricio Tenorio

Nunca antes se produjeron tantos libros como en estos últimos veinticinco años de historiografía mexicana y mexicanista. En los 57 años que van de 1920 a 1977 se produjeron, títulos más títulos menos, unos 15 000 libros relacionados con la historia de México, de los cuales casi 4 000 fueron escritos en inglés. En los veinticinco años que

van de 1978 a principios de 2003 se han publicado 22 000 libros relacionados con la historia de México, de los cuales 5 000, más o menos, han sido publicados en inglés (unos 200 en francés). ¿Mucha historia? Nunca es bastante.

Además, los últimos veinticinco años han visto cambios serios en los puntos de vista historiográficos. No que se haya dejado de escribir historia de, por y para México. En eso las cosas han cambiado poco desde 1849, fecha en que inició la publicación de la historia de México de Lucas Alamán, a 2003. En los últimos veinticinco años sólo cuatro importantes libros, de alguna manera hechos en México, han trascendido las fronteras de la patria: *Rusia y sus imperios* (1997) de Jean Meyer; *A Century of Debt Crises in Latin America* (1989) de Carlos Marichal; *Cultivadores libres, estado y crisis de la esclavitud en Brasil en la época de la revolución industrial* (1998) de Guillermo Palacios, y el clásico de la historia de la lengua castellana de Antonio Alatorre: *Los 1001 años de la lengua española*, primera edición de Bancomer, 1979. El resto es historia nacional, escrita por mexicanos y extranjeros.

Pero dentro de este continuo de historia patria, los últimos veinticinco años han atestiguado un cambio generacional y paradigmático que no es moco de pavo. En 1978 tenían poco tiempo de publicados trabajos que aún hoy son parte del canon historiográfico, y la culminación de las historiografías de las décadas de los sesenta y los setenta; me refiero a trabajos tan nota-

¹ Ensayo que originalmente resultó de una encuesta de la revista *Nexos* en ocasión de su veinticinco aniversario.

bles como Zapata de Womack (1968); *Pueblo en vuelo* (1968) de Luis González; *La democracia en México* (1965) de Pablo González Casanova; *La Cristiada* (1974) de Jean Meyer; *La formación del poder político en México* de Arnaldo Córdova; *México el trauma de su historia* (1977) de Edmundo O'Gorman; *Mexican Liberalism in the Age of Mora, 1821-1853* de Charles Hale; *Utopie et histoire au Mexique: les premiers chroniqueurs de la civilisation mexicaine, 1520-1569* (1977) de Georges Baudot; *La revolución interrumpida* (1971) de Adolfo Guilly; *Quetzalcóatl et Guadalupe* (1976) de J. Lafaye, y *Hombres, religión y política en el mundo náhuatl* (1973) de Alfredo López Austin. En 1978 se estaba un paso adelante de la publicación en los primeros e importantes libros de la entonces nueva generación de historiadores. Destacan *La frontera nómada* (1977) de Héctor Aguilar Camín y *Caudillos culturales de la Revolución Mexicana* (1976) de Enrique Krauze. También en 1978, ya se habían publicado las dos más influyentes síntesis parciales o totales de la historia mexicana aparecidas en el siglo xx: *Historia moderna de México* dirigida por Daniel Cosío Villegas (terminada en 1974) y la *Historia general de México* (1976) publicada por El Colegio de México. A estas síntesis hay que sumar *The Course of Mexican History*, primera edición de 1979, de Michael Meyer (y otros), trabajo usado como libro de texto en los Estados Unidos y otras partes del mundo, inclusive en México. Recuerdo que intenté enseñar historia de México en inglés utilizando *In the Sha-*

dow of the Mexican Revolution, traducción del libro de Aguilar Camín y Lorenzo Meyer, sólo para descubrir que aquí y allá utilizaban el texto de Michael Meyer. Terminé por utilizar el libro de texto de éste. A esta lista hay que añadir el trabajo que coordinó Leslie Bethell: *The Cambridge History of Latin America* (1984-1989) que en sus tomos incluye toda una historia general de México. En 2002 aparecieron los dos primeros tomos de una nueva síntesis, de Alan Knight, que promete crear una nueva época en las síntesis de la historia de México —publicados por la Cambridge University Press—.

En fin, para 1978 ya habían hecho su nombre grandes maestros, jóvenes y añosos, de la historiografía mexicana: Silvio Zavala, Edmundo O'Gorman, Luis González, Moisés González Navarro, Josefina Vázquez, Enrique Florescano, Miguel León-Portilla, Enrique Semo, Román Piña Chan, J.L. Phelan, I. Leonard, José C. Valadés, Alfredo López Austin, Justino Fernández, Jorge Alberto Manrique, Luis Villoro, François Chevalier, Alejandra Moreno Toscano, Clara Lida, David Brading, Bertha Ulloa, S.F. Cook, W.W. Borah, Charles Gibson y Frederick Katz, por nombrar sólo algunos. Las cosas no pintaban nada mal. Pero llegó una era de mucho más nombres y libros; y tanto libro no es forzosamente buena noticia, mas soy optimista, creo que vamos por buen camino.

Hasta bien entrada la década de los ochenta predominó aún la historia social de uno u otro talante marxista, pero poco a

poco empezó a cambiar el asunto, y de los obreros se pasó a las comunidades indígenas, los campesinos; de la clase a la raza y la identidad –un viraje extraño, sin duda-. Entre 1920 y 1977 se publicaron más o menos 200 trabajos sobre la identidad, de clasificados como de “carácter nacional”. Pero de 1978 a 2002 aparecieron 261 con el mismo tema. Está por verse qué tan duradero es este cambio. Otros temas han surgido exponencialmente, y enhorabuena: de 1920 a 1977 sólo se publicaron 71 libros relacionados de alguna manera con la historia de la mujer en México. De 1978 a 2002 ese número alcanzó los 400 libros, y aquí destacan los esfuerzos sostenidos de historiadoras como Julia Tuñón, Carmen Castañeda y Carmen Ramos.

Capítulo aparte merece la historia económica que en los últimos años, pian piano, ha florecido en cantidad y calidad. De los trabajos pioneros de Fernando Rosenzweig, Robert Potash, Enrique Florescano y Moisés Gonzáles Navarro se pasó al trabajo de John Coatsworth (*Growth Against Development: the Economic Impact of Railroads in Porfirian Mexico*, DeKalb, Northern Illinois University Press, 1981) que hizo escuela. También resalta el importante trabajo sobre los obrajes (de 1539 a 1840) de Richard Salvucci (1987), y al trabajo de Pedro Pérez Herrero sobre la plata y las libranzas en el tardío México borbónico (1988). En los últimos años, Sandra Kuntz y Aurora Gómez, por mencionar a dos de las más notables nuevas historiadoras acerca de la economía del ferrocarril y

los textiles, respectivamente, han abordado estos temas con envidiable rigurosidad y detalle. La historia agraria, por su parte, ha tenido grandes momentos en los últimos veinticinco años. Baste mencionar los trabajos sobre haciendas y ranchos en el Bajío de David Brading (1978) y el de las haciendas en Guadalajara de Eric van Young (1981). Especial mención merece la historia regional que el propio Van Young, Pedro Pérez y Beatriz Rojas, entre otros, han hecho avanzar. Y siguen por esos pasos los importantes trabajos de Jaime Aboites, Alejandro Tortolero y Jeremy Baskes. (Dejo dicho que faltan más trabajos con una perspectiva ecológica.) En México destacan Carlos Marichal, Enrique Cárdenas y Antonio Ibarra; en los Estados Unidos, Stephen Haber ha creado una verdadera oleada de trabajos, tesis y nuevos estudios que, desde mi modesto y “culturalista” punto de vista, son de gran importancia y utilidad –ojalá los historiadores culturalistas estemos produciendo trabajos y estudiantes de igual calidad-. Por ejemplo, véase la colección de lecturas de historia económica mexicana que desde 1999 vienen publicando el Instituto Mora, El Colegio de Michoacán, El Colegio de México y el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM. Suelen inventarse dragones historiográficos para pelear las guerras académicas, y no sorprende que para una cierta historia cultural –y la historia de la cultura reina, no se olvide, hoy por hoy-, en la escritura de la historia el monstruo a vencer es la historia económica. Un despropó-

sito total. Nos faltan, sí, historias del pensamiento económico en México y el resto de las Américas.

De cualquier forma, sigue reinando, por cantidad y calidad, el estudio del periodo colonial y la independencia, así como de la revolución de 1910, aunque los últimos quince años han visto un crecimiento sostenido de la historiografía del siglo XIX y del porfiriato. Empero, todavía está verde la cuestión. Lo que sí se ha visto es la consolidación de una sólida autoconciencia historiográfica sobre por qué y cómo se escribe la historia –lo cual es visible desde aquel nostálgico librito *Historia ¿para qué?* (editado por Carlos Pereyra, 1980), y en algunos trabajos de Luis González, Enrique Florescano y Alvaro Matute, así como en la revista *Historia y Grafía* (1993-). Además, de 1978 a la fecha hay al menos cuatro autores que más que libros han publicado artículos o capítulos seminales, al menos para mí. Me refiero a historiadores de la talla de Josefina Vázquez, Antonio Annino, Fausto Ramírez y Horst Pietschmann. Por último, recientemente se nota cierta descoordinación entre la historiografía mexicana escrita en español y la escrita en inglés, ambas en plena producción. En los últimos años por momentos pareciera ser que lo que es moda de lujo en los Estados Unidos, en México no más no dice nada, y al revés. Esto no pasaba, por ejemplo en 1978. No está mal.

Y en este mar de libros y autores se me pidió que eligiera diez *greatest hits*. ¡Habrás visto tal atrevimiento! Es muy alto el

riesgo de hacerme de enemigos. Reduzco el peligro si menciono un poco más de cuarenta y que Dios me tenga en su santa gloria. Aquí están los que creo representan bien las varias tendencias y aportaciones de los últimos veinticinco años (elegidos con todos los vicios personales y de mi especialización –historia cultural, siglo XIX y XX, historia urbana–). No es más que una lista hecha de mis propias notas, tampoco es que sea tan importante ser incluido en una lista mía. Son todos los que están, de eso estoy seguro, pero no están todos los que son. Eso que ni qué.

Alberro, Solange, *Inquisición y sociedad en México, 1571-1700*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.

Anna, Timothy, *The Fall of the Royal Government in Mexico City*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1978.

Arrom, Silvia, *The Women of Mexico City, 1790-1857*, Stanford, Stanford University Press, 1985.

Bartra, Roger, *La jaula de la melancolía*, México, Joaquín Mortiz, 1987.

Brading, David, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México, Ediciones Era, 1980.

Brading, David, *The First America: the Spanish Monarchy, Creole Patriots, and The Liberal State, 1492-1867*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.

Castro Guitiérrez, Felipe, *Nueva ley y nuevo rey: reformas borbónicas y rebelión popular en Nueva España*, Zamora, El Colegio de Michoacán, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.

- Clendinnen, I., *Ambivalent Conquests: Maya and Spaniard in Yucatan, 1517-1570*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987.
- Costeloe, Michael, *The Central Republic in Mexico, 1835-1846: Hombres de Bien in the Age of Santa Anna*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993.
- Escalante, F., *Ciudadanos imaginarios: memorial de los afanes y desventuras de la virtud, y apología del vicio triunfante en la República Mexicana: tratado de moral pública*, México, El Colegio de México, 1992.
- Farris, N., *Maya Society under Colonial Rule: the Collective Enterprise of Survival*, Princeton, Princeton University Press, 1984.
- Florescano, Enrique, *Etnia, estado y nación: ensayo sobre las identidades colectivas en México*, México, Aguilar, 1997.
- Florescano, Enrique, *Memoria mexicana: ensayo sobre la reconstrucción del pasado: época prehispánica-1821*, México, Joaquín Mortiz, 1987.
- García de León, A., *Resistencia y utopía: memorial de agravios y crónicas de revueltas y profecías acaecidas en la Provincia de Chiapas durante los últimos quinientos años de su historia*, 2 vols., México, Ediciones Era, 1984.
- González Navarro, Moisés, *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero, 1821-1970*, 3 vols., México, El Colegio de México, 1993.
- González, Luis, *El oficio de historiar*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1988.
- Gruzinski, Serge, *La colonisation de l'imaginaire: sociétés indigènes et occidentalisation dans le Mexique espagnol, XVIIe-XVIIIe siècle*, París, Gallimard, 1988.
- Guerra, François Xavier, *Le Mexique de l'Ancien Régime à la Révolution*, París, L'Harmattan, Publications de la Sorbonne, 1985.
- Hale, Ch., *The Transformation of Liberalism in Late Nineteenth-Century Mexico*, Princeton, Princeton University Press, 1989.
- Hamment, Brian, *Roots of Insurgency: Mexican Regions, 1750-1824*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986.
- Illades, Carlos, *Hacia la república del trabajo: la organización artesanal en la Ciudad de México, 1853-1876*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 1996.
- Katz, F., *The Life and Times of Pancho Villa*, Stanford, Stanford University Press, 1998.
- Knight, Alan, *The Mexican Revolution*, 2 vols., Cambridge, Cambridge University Press, 1986.
- Krauze, Enrique, *Mexico: Biography of Power*, Nueva York, Knopf, 1997 (sin duda la versión más cuidada de las varias biografías que se incluyen en este trabajo).
- Lira, Andrés, *Comunidades indígenas frente a la Ciudad de México: Tenochtitlan y Tlatelolco, sus pueblos y barrios, 1812-1919*, Zamora, El Colegio de México, El Colegio de Michoacán, 1983.
- Lockhart, J., *Nahuas and Spaniards: Postconquest Central Mexican History and Philology*, Stanford, Stanford University Press, 1991.
- Lockhart, J., *The Nahuas after the Conquest: a Social and Cultural History of the Indians of Central Mexico, sixteenth through eighteenth centuries*, Stanford, Stanford University Press, 1992.

- López Austin, Alfredo, *Cuerpo humano e ideología: las concepciones de los antiguos nahuas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1980.
- Mallon, Florencia, *Peasant and Nation: the Making of Postcolonial Mexico and Peru*, Berkeley, University of California Press, 1995.
- Mazin, Óscar, *Entre dos majestades: el obispo y la Iglesia del Gran Michoacán ante las reformas borbónicas, 1758-1772*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1987.
- Meyer, Jean, *Yo, el francés, la intervención en primera persona*, México, Tusquets, 2000.
- Meyer, L., *Su majestad británica contra la revolución mexicana: el fin de un imperio informal*, México, El Colegio de México, 1991.
- Mundy, Barbara E., *The Mapping of New Spain: Indigenous Cartography and the Maps of the Relaciones Geográficas*, Chicago, University of Chicago Press, 1996.
- Schele, Linda, *A Forest of Kings: the Untold Story of the Ancient Maya*, Nueva York, Morrow, 1990.
- O'Gorman, Edmundo, *Destierro de sombras: luz en el origen de la imagen y culto de Nuestra Señora de Guadalupe del Tepeyac*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986.
- Piccato, Pablo, *City of Suspects: Crime in Mexico City, 1900-1931*, Durham, Duke University Press, 2001.
- Pagden, Anthony, *The Fall of Natural Man: The American Indian and the Origins of Comparative Ethnology*, Cambridge, Cambridge University Press, 1982.
- Rodríguez Kuri, Ariel, *La experiencia okida-da: el ayuntamiento de México. Política y gobierno, 1876-1912*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 1996.
- Rubial García, Antonio, *La santidad controvertida: hagiografía y conciencia criolla alrededor de los Venerables no canonizados de Nueva España*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Fondo de Cultura Económica, 1999.
- Sheridan, Guillermo, *Los Contemporáneos ayer*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.
- Taylor, William, *Magistrates of the Sacred: Priests and Parishioners in Eighteenth-Century Mexico*, Stanford, Stanford University Press, 1996.
- Thomas, Hugh, *The Conquest of Mexico*, Londres, Hutchinson, 1993.
- Trabulse, Elías (coordinador), *Historia de la ciencia en México: estudios y textos*, México, CONACYT, Fondo de Cultura Económica, 1983-1989.
- Tutino, John, *From Insurrection to Revolution in Mexico: Social Bases of Agrarian Violence, 1750-1940*, Princeton, Princeton University Press, 1986.
- Van Young, Eric, *The Other Rebellion: Popular Violence, Ideology, and the Mexican Struggle for Independence, 1810-1821*, Stanford, Stanford University Press, 2001.
- Vanderwood, P., *Disorder and Progress: Bandits, Police, and Mexican Development*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1981.

Viqueira Albán, Juan Pedro, *¿Relajados o reprimidos?: diversiones públicas y vida social en la Ciudad de México durante el Siglo de las Luces*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

Weber, David, *The Mexican Frontier, 1821-1846: the American Southwest under Mexico*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1982.

Weckmann, Luis, *La herencia medieval de México*, 2 vols., México, El Colegio de México, 1983. 

LA HISTORIA COMO REVELACIÓN POÉTICA

Carlos Bravo Regidor

David A. Brading, *Octavio Paz y la poética de la historia mexicana*, trad. Antonio Saborit, México, Fondo de Cultura Económica, 2002.

Para Octavio Paz, la historia era un oficio (“más que un saber, una sabiduría”) a medio camino entre la ciencia y la poesía: toma de la primera los rigores del método; de la segunda, el vuelo de la imaginación. No descubre, tampoco inventa: “reconstruye, rehace el pasado” para dotar de sentido al presente. Así, Paz entiende la historia como un espacio para el reencuentro, no de lo que fuimos sino de lo que somos, de ese otro que volvemos a ser al contemplarnos en el espejo de la memoria.

En *Octavio Paz y la poética de la historia mexicana*, David Brading discute la influencia del romanticismo alemán en las

visiones de Paz sobre la historia. Su argumento, escueto pero contundente, es que la concepción histórica de Paz lleva la impronta indeleble de su vocación estética; que sus interpretaciones del pasado nunca dejaron de aspirar a un *más allá* del tiempo, a lo que Juan Ramón Jiménez llamó “la eternidad del instante poético”. De ahí que lo suyo no haya sido, como bien ha señalado Álvaro Matute, la construcción de una narrativa historiográfica. Antes bien, fue el desarrollo de una conciencia histórica: la de un poeta para el que México fue siempre una “idea fija [...] dispersa en una serie de preguntas y respuestas que se cruzan y se repiten”.

Brading inicia su ensayo esbozando un panorama general del México en el que se formó el joven Paz: Vasconcelos, López Velarde, Zapata y el zapatismo, Antonio Caso, Obregón, los muralistas, los Contemporáneos, Samuel Ramos, Cárdenas y el cardenismo. En pocas palabras, la Revolución —que recién comenzaba a escribirse a sí misma con mayúscula— haciéndose gobierno. El antecedente no es trivial. Se trata, después de todo, del clima intelectual en el que se desarrollaron las primeras inquietudes literarias de Paz, de esa vida cultural en ciernes que “le proporcionó un caos donde siempre es relativamente sencillo construir un cosmos (más fácil, al menos, que hacerlo sobre otro cosmos)”.¹

¹ Mauricio Tenorio, “Los intelectuales del fin del siglo XX”, *De cómo ignorar*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 122.

Posteriormente, Brading explica los rasgos fundamentales del rechazo romántico a la modernidad, mismo que considera como el punto de partida de la visión que tiene Paz de la historia: sus lecturas, en primer lugar, de los románticos alemanes (Novalis, Hölderlin y Herder), luego los ingleses (Wordsworth y Coleridge), de Baudelaire y los simbolistas franceses, del modernismo hispánico (“nuestro verdadero romanticismo”) que encabezó Rubén Darío. En suma, de lo que el propio Paz identificaba como “la tradición moderna de la poesía”: una tentativa de diálogo trascendente, de reconciliación vital, entre la razón y el espíritu. Dicho ejercicio de genealogía del pensamiento paciano desemboca en un filósofo de la historia, cuyo influjo sobre Paz, advierte Brading, es notable: Fichte. Su nacionalismo romántico, basado en un sujeto metahistórico (la “nación alemana”) que se va desplegando a través del tiempo, está en las raíces de la perspectiva histórica que Paz asume, por ejemplo, en *El laberinto de la soledad* (otra presencia en la que Brading casi no ahonda, pero que reforzaría su tesis, es la de la dialéctica histórica de Hegel y su “espíritu absoluto”).

A continuación Brading repasa las principales estaciones del itinerario histórico de Paz: la Conquista, la Colonia, la Independencia, la Reforma, el Porfiriato y la Revolución; episodios que el poeta asimilaba en términos simbólicos (“manifestaciones visibles de una realidad oculta”), como representaciones del ser de “lo me-

xicano”, más que una esencia un proceso, definido por una dialéctica de rupturas y persistencias, de negaciones y afirmaciones, en pos de “una forma que *nos* exprese”. La voz del plural en primera persona no es casual ni irreflexiva. Al contrario, es un arma retórica de la que Paz se sirve para franquear, en su fuero interno y en el de su lector, la distancia que va del silencio de quien escribe al silencio de quien lo lee; el “nos” es un recurso que convoca, que reúne ambos silencios para que se reconozcan, por un momento, en una idéntica voluntad de comunión, de “ser” en la pertenencia. Con el “*nosotros*, los *mexicanos*” —tímidos y terribles, herméticos y explosivos—, Paz no evocaba una identidad compartida, creaba esa identidad en el propio acto de evocarla. Y al hacerlo recreaba, hacia fuera, la forma laberíntica (“carencia y búsqueda”) de su experiencia introspectiva: convertía la soledad en su patria y la patria en su soledad.²

Al final, Brading ofrece su balance, como historiador, de los méritos y las limitaciones de la aproximación de Octavio Paz a la historia mexicana. Un balance que, dicho sea de paso, es muy similar al de François Furet, a propósito de la obra de Jean-Luc Godard, *Historia(s) del cine*.

² Sobre la proyección autobiográfica de Paz en su idea de México y los mexicanos, véase el sugestivo texto de Enrique Krauze, “La soledad del laberinto”, en *Memoria del coloquio internacional “Por el laberinto de la soledad a 50 años de su publicación”*, Fondo de Cultura Económica / Fundación Octavio Paz, México, 2001, pp. 98-112.

Admiro mucho esa capacidad de dar sentido a través del exceso épico, puesto que es un poder de evocación que ningún historiador tendrá jamás. Pero precisamente eso me asustó un poco. He sido siempre un historiador razonable, hasta razonador, con la voluntad de establecer una distancia entre mi visión, mis opiniones, y los temas que me interesaban. Me lo han reprochado: “Furet hace de la Revolución francesa un objeto frío”. Eso es necesario, creo yo, para entender la historia. Hay que romper los encantos [...] Por lo mismo me asusta la capacidad lírica de las imágenes, en su relación con la historia [...], ya que conservan una memoria cargada de emoción, de adhesión y una contramemoria hecha de tabú y olvido. Esas *Historia(s) del Cine* no son más, aun cuando admiro su fuerza, aun cuando me dejó llevar por su movimiento, seducir por sus tesis. No son más, puesto que se presentan [...] como una visión sagrada de la historia [...], con la voz de Jean-Luc Godard profetizando las verdades de un siglo que termina.³

En términos equivalentes, Brading celebra, de Paz, “el color y la emoción de su gran obra”; la “fuerza de su imaginación”; lo idiosincrásico de sus arquetipos; su “imaginación exuberante”; los “momentos en los que su prosa alcanzó la intensidad de la poesía”. Pero también señala lo “pálido y abstracto” de sus juicios históricos; su con-

tradicción al querer exorcizar los fantasmas del pasado pero dejarse atrapar, acaso involuntaria pero irremediablemente, por ellos; el contraste entre la encendida fascinación que ejercieron sobre su imaginario el culto guadalupano o “los hombres y los hechos” de la Revolución, y la injusticia de sus opiniones con respecto a la Colonia o a la Reforma. Excesos todos que Paz fue atenuando, es cierto, con el transcurso de los años: no tanto corrigiéndolos él, sino dejando que el tiempo –que más sabe por viejo– se los corrigiera a su paso.

Oscilante entre el “compromiso romántico” y el “desencanto modernista”, la originalidad de Paz radicó, ante todo, en la poderosa creatividad de sus imágenes, en la eficacia de la persuasión con la que supo mirar a México. Pero Paz no fue un historiador, fue un poeta. Lo que cautiva de su exégesis del pasado mexicano, más que su verdad, es su belleza. 

BREVES RESEÑAS EN (DES)ORDEN CRONOLÓGICO

Jean Meyer

Arlette Farge (2003), *Le Bracelet de Parchemin*, París, Bayard, y *La Nuit Blanche*, París, Seuil.

En el primero de los dos libros, Farge trata de un tema hasta ahora olvidado por los historiadores, “lo escrito sobre sí mismo”, es decir, los signos, las huellas de escritura sobre el cuerpo de los indigentes, en particular “el brazalete de pergamino” (que da

³ Francois Furet, “Carta(s) a Godard”, *Istor*, núm. 12, primavera 2003, pp. 152-153.

su título al ensayo), minúsculo trozo de papel amarrado a las muñecas por un hilo rojo. Farge piensa que “la memoria histórica oficial” no registró ese hecho porque el historiador tiende a oponer de manera dialéctica la clase dominante letrada a las clases dominadas y analfabetas. Lo que nos enseñan las diversas formas de *écrit sur soi*, es que el lazo entre el hombre y la escritura no pide un dominio absoluto de la letra. El indigente, el vagabundo, el nómada, no están reducidos al silencio por carecer del dominio de la cultura escrita; pueden, saben arreglarse con ella.

En *La Nuit Blanche*, A. Farge, narra un suceso ocurrido en 1770 en Cambrai. Pierre, de dieciocho años de edad, condenado al suplicio por haber blasfemado contra el rey, pide la “noche blanca”. Se trata de la noche anterior a la ejecución, cuando uno confiesa y puede pedir a los carceleros una cena y favores, como la visita de un prójimo. Buscando lo enigmático y lo indecible, Farge transmuta el rigor histórico y rebasa el imaginario del escritor. La realidad es más fuerte que la ficción.

Esteban Buch (2003), *Beethoven's Ninth: a Political History*, University of Chicago Press (traducido al inglés).

El autor examina la relación simbiótica entre música y política. La película de Stanley Kubrick, *Naranja Mecánica*, lo señala a su manera, pero la mayoría de sus espectadores ignoraba que Hitler era un fanático

de Beethoven (como lo era de Wagner: cosa que todo el mundo sabe y que ha perjudicado a la música de ese autor), especialmente de la terrífica fanfarria que abre el movimiento coral de la Novena sinfonía: “¡Freude, Schöne Götterfunke, Tochter aus Elysium!”. La Novena es el símbolo más poderoso de toda la música en el canon del clasicismo; es a la vez, nos dice Buch, la obra musical más politizada de todos los tiempos, adoptada tanto por los revolucionarios franceses como por los internacionistas y los nazis: Furtwängler la dirigió en 1937 y otra vez en 1942, con motivo del aniversario del führer. Pero Leonard Bernstein la dirigió para celebrar la caída del muro de Berlín en 1989. Desde hace treinta años es el himno oficial de la Unión Europea. ¡Ojalá alguien presente pronto una buena reseña del libro que, sobre el tema, ha escrito el historiador y musicólogo Esteban Buch (nacido en Brasil)!

Naill Ferguson (2002), *The Rise and Demise of the British World Order and the Lessons for Global Power*, Nueva York, Basic Books.

En su introducción el señor Ferguson señala que la historia del imperio británico debería interesar a los Estados Unidos; uno está tentado a darle la razón, sobre todo después de las guerras (¿guerras o “intervenciones” u “operaciones”?) de Afganistán e Irak, cuando, de hecho, *volens, nolens*, los estadounidenses multiplican sus “protectorados”, reinos aliados y vasallos, en la

mejor tradición imperial, británica o romana, no importa. El libro de Ferguson, de indispensable lectura, gana mucho con la (re)lectura paralela de *Todo imperio perecerá* de Jean-Baptiste Duroselle (París, 1981, y México, Fondo de Cultura Económica). A diferencia del frío Duroselle, el briton Ferguson no duda en hacer la apología del imperio e invita a los Estados Unidos a asumir sin complejos el famoso “fardo del hombre blanco”.

Marinus van der Lubbe (2003), *Carnet de route de l'incendiaire du Reichstag*, París, Verticales (traducción del holandés).

El 27 de febrero de 1933, Van der Lubbe “un joven exaltado incendió el Reichstag, muy probablemente a la instigación y con la ayuda de los nazis”, reza el muy serio diccionario francés Petit Robert, en el artículo “Reichstag”. Eso me enseñaron, esa tesis la popularizó Bertold Brecht con su obra de teatro *La resistible ascensión de Arturo Ui*. Según los nazis, Van der Lubbe era un agente soviético y su atentado pretendía desestabilizar a Alemania; según los comunistas, era un retrasado mental utilizado por los nazis que armaron el incendio para acusar a Moscú y así poder acabar con el PC alemán y las instituciones republicanas (lo que de hecho hicieron).

En 1962, Fritz Tobias, socialista alemán, publicó *El incendio del Reichstag, leyenda y verdad*, con la tesis de que el holandés había actuado solo, motivado en su odio por el nazismo. Contra una crítica casi uná-

nime, Tobias encontró como defensor a un historiador alemán muy serio, Hans Mommsen. A setenta años del incendio, una pequeña editorial francesa publica la correspondencia y los diarios inéditos de Van der Lubbe, así como el texto completo de su deposición. Obviamente el joven de veinticuatro años, condenado a muerte y decapitado unos meses después, no era un retrasado mental y sus convicciones anarquistas eran muy articuladas. ¿Por qué no creerle cuando dice: “Me importa sobremanera decir que mis actos se fundan sobre motivaciones políticas”?

Carlos Elordi (coord.), *Los años difíciles*, Madrid, Aguilar. Emilio Silva y Santiago Macías, *Las fosas de Franco*, temas de hoy, Madrid, Aguilar.

Pedro Carvajal, *Grimau, el último muerto de la guerra civil*, Madrid, Aguilar. Javier Rodrigo, *Los campos de concentración franquistas*, Madrid, Siete Mares. Rafael Torres, *Los esclavos de Franco*, Madrid, Anaya. Anaya en su sello Oberón, abrió una colección completamente dedicada al periodo negro de la guerra civil y del franquismo victorioso.

En la presentación del libro de Carvajal en mayo de 2003, Nicolas Sartorius (autor, hace años, con Javier Alfaya de *La memoria insu-misa*, publicado por Espasa) dijo: “En este país se confundió amnistía política con amnesia histórica, reconciliación con olvido”. Con el actual diluvio de publicaciones, las víctimas del franquismo, o sus portavoces, toman por fin la palabra, y hasta revancha, muchos decenios después de la derrota y de los años más negros.

William Taubman (2003), *Khrushchev. The Man and his Era*, Free Press, Norton.

Ya teníamos las memorias de Nikita Jrushchov, ese documento extraordinario y muy revelador de quien fue durante unos años el timonel de la URSS a la hora del “deshielo” y de la desestalinización. No podía saber que uno de sus descendientes tomaría la ciudadanía estadounidense. El hombre que confesaba valientemente haberse manchado de sangre (antes de 1953), no las manos, como se lo preguntaba su interlocutor, sino hasta el codo; el hombre que tuvo que “bailar como el oso” sobre la mesa de Stalin durante una cena ofrecida al general De Gaulle, ha encontrado un gran biógrafo. Taubman, además de sacar el mejor partido de las memorias de Mr. J., aprovechó las fuentes abiertas, luego entreabiertas y a veces cerradas de nuevo, después de 1991. El resultado es excelente.

Régine Robin (2003). *La mémoire saturée*, Paris, Stock.

Robin ha trabajado siempre la unión de la historia, la sociología y la crítica literaria; ha publicado muchos libros, todos importantes (*Le deuil de l'origine*; *Berlin-chantiers*; *Le Golem de l'écriture*, entre otros) y ahora se preocupa por un fenómeno que nos afecta a todos, “la saturación de la memoria”. Define su meta, citando a Paul Ricoeur al principio de su último libro: “Me preocupa el inquietante espectáculo que dan el exceso de memoria aquí, el exceso de olvido acá, para no mencionar la influencia de las conmemoraciones y de los abusos de memoria y olvido. La idea de una justa memoria es uno de mis temas cívicos” (*La Mémoire, l'histoire, l'oubli*). R. Robin nos habla de la saturación de la memoria obsesiva, de las modas de memoria colectiva, del “deber de memoria”, del “trabajo de memoria” en los que nos encontramos sumergidos desde hace ¿veinte, treinta, cuarenta? años. Lectura aconsejada para su salud mental. 